

Escripta

Revista de Historia

La inclusión de las estudiantes en la
historiografía del 68, otras voces, otras memorias

The inclusion of students in the historiography of '68, other
voices, other memoirs

GLORIA A. TIRADO VILLEGAS
[ORCID.ORG/0000-0003-4775-0653](https://orcid.org/0000-0003-4775-0653)

Recepción: 7 de junio de 2019
Aceptación: 9 de agosto de 2019

LA INCLUSIÓN DE LAS ESTUDIANTES EN LA HISTORIOGRAFÍA DEL 68, OTRAS VOCES, OTRAS MEMORIAS

THE INCLUSION OF STUDENTS IN THE HISTORIOGRAPHY OF “68, OTHER VOICES, OTHER MEMOIRS

Gloria A. Tirado Villegas¹

Resumen:


En este texto se analiza la inclusión de las mujeres estudiantes en la historiografía del movimiento de 1968, la cual ha sido abundante. Décadas después del movimiento se publican textos en los que aparecen consideraciones de algunas de las jóvenes participantes, sin embargo, en las primeras tres décadas posteriores al 68 no se consideraron valiosos o necesarios sus testimonios, incluso los de Ana Ignacia Rodríguez, *La Nacha*, quien con Roberta Avendaño, *La Tita*, estuvo presa en la cárcel de Santa Martha Acatitla; la historiografía se concentró en denunciar lo ocurrido el 2 de octubre de 1968. Esto explica en parte que la presencia de maestras y mujeres estudiantes en los estudios con perspectiva de género aparezcan hasta el 2001 con historiadoras anglosajonas, quienes al mismo tiempo develaron el sesgo en el tratamiento del tema al considerar sólo los testimonios de los líderes. Esta situación se contrasta con los estudios publicados en el 2018, en los que se visualizan ya las distintas formas de participación de las mujeres.

Palabras clave: mujeres, historiografía, memoria, movimiento estudiantil.

Abstract:

This text analyzes the inclusion of female students in the historiography of the 1968 movement, which has been abundant. Decades after the movement, texts are published in which considerations of some of the young participants appear, however in the first three decades after 68 their testimonies are not considered valuable or necessary, even those of Ana Ignacia Rodríguez, *La Nacha*, who with Roberta Avendaño, *La Tita*, was imprisoned in the prison of Santa Martha Acatitla; historiography concentrated on denouncing what happened on October 2, 1968. This partly explains the presence of female teachers and students in studies with a gender perspective, appearing until 2001 with Anglo-Saxon historians, who at the same time revealed the bias in the treatment of the issue when considering only the testimonies of the leaders. This situation is contrasted with the studies published in 2018, in which the different forms of women of participation are visualized.

Keywords: women, historiography, memory, student movement.

¹ Doctora en Historia; profesora-investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanas de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México; gtiradovillegas@gmail.com;  orcid.org/0000-0003-4775-0653

Un movimiento con la magnífica expresión del 68 tiene vertientes diversas,
 muchas aguas nutren sus grandes olas, muchos son sus tonos grises,
 blancos y negros. Creo que hace falta que las ciencias históricas
 estudien el 68 con un enfoque serio e integral que supere la versión emocional
 y que rescaten su esencia y legado más precioso, su entrega total.

Marta Servín

(Citado en Ascencio, 1998, p. 192)

Introducción

Hace poco más de cincuenta años estalló el movimiento estudiantil más importante en nuestro país. Los “sesentayochos”, como les han llamado, ocurrieron en varios países al mismo tiempo; lo interesante es cómo lo vivieron los y las jóvenes. En México la represión fue excesiva, la memoria de muchos quedó atrapada en ese gran trauma del 2 de octubre. Sin embargo, la discusión en el cincuentenario se centró en qué recordar. Por ello este texto tiene por objetivo revisar qué se ha escrito y cómo se han incluido las mujeres en la historiografía del 68 y mostrar las distintas memorias y voces sobre este movimiento. Félix Hernández Gamundi considera que el 68 fue una cauda, un parto, el nacimiento de nuevas formas de organización.² Coincide con lo que expresó en el homenaje a su gran amigo Raúl Álvarez Garín, en el que resumió lo que fue la generación del 68:

Ser revolucionario era ser transformador y luchar por la independencia y la democracia, era luchar por el cambio en todos los aspectos de la vida. Se discutía sobre la sexualidad, la familia, los medios de comunicación, la ética y la estética, las relaciones entre jefes y subalternos, entre profesores y estudiantes, entre gobernantes y gobernados. En pocas palabras, se cuestionaba las reglas de relación entre todo y entre todos (Hernández Gamundi, 2014, p. 12).

En la conmemoración de los treinta años del 68 mexicano le preguntaron a María Fernanda Campa en la entrevista que dio para el libro de Heidrun Holzfeind, qué significó para ella el 68, su respuesta fue:

Para todos nosotros es un parteaguas y somos producto de eso. Cada quien sobrevivió como pudo. Ha sido difícil, pero en otro sentido nos hizo seguir orgullosos hasta el último día de nuestra vida. Donde quiera que vayas te encuentras a alguien que tuvo que ver con el movimiento. Fue así: espléndidamente masivo, y afectó a toda

² Entrevista de Gloria A. Tirado Villegas a Félix Hernández Gamundi, 29 de enero de 2018.

una generación, a los padres y un poco a los hijos. Después ya no. ¿Quién sabe qué pensarán los jóvenes ahora? Para ellos es historia, para nosotros es la vida (Campa, 2018, p. 97).

Las memorias son distintas según las circunstancias que vivieron, como la escuela en la que participaron; para muchas mujeres la búsqueda de sus hermanos, de sus padres, de sus esposos las incorporó a una lucha frontal por lograr su libertad y no descansaron hasta verlos libres. ¿Cómo enfrentaron esa represión? ¿Cómo lograron sacar adelante a sus hijos? Sólo el relato de Arturo Martínez Nateras destaca el apoyo de las esposas a quienes los presos esperaban y quienes llegaban a tiempo y casi siempre con comida, con papel, libros y detalles que podían pasar en las revisiones carcelarias:

[...] Las esposas de los presos, políticos y comunes son las víctimas mayores y el pilar de quien logra resistir con la dignidad alta. Son ellas y ellas soportan las penurias, los caprichos y los excesos, los estados de ánimo del marido, del novio, del amante o del hijo preso. No importa si la hija tiene hambre o está enferma. La dura realidad externa debe disimularse. El macho la espera y ella cumple. Llega puntual. Compite para definir quién entra primero. Judith, la esposa de Joel Arriaga, casi siempre gana. Cruza veloz la revisión, más parecida al cachondeo de alguna celadora abusiva. Los libros publican la lista de los presos políticos o las biografías de uno que otro reo célebre. Nunca nadie repara en el heroísmo de las damas. Nosotros no seríamos lo que ahora sin la existencia de María de la Luz, de Yola Gaytán, de Conchita, de Sheralyn, de Guille, de Dorita o Panchita, de Silvia, de María Elena, de la Chata Campa [...] Ellas llevan y traen la esperanza. Mantienen viva la rebeldía. Estar preso es duro pero no es castigo comparable al que sufren las familias del encauzado (Martínez Nateras, 1988, p. 6).

La escritura sobre las mujeres y de las mujeres adquiere connotaciones distintas. Al tratar de visibilizar su participación en el movimiento estudiantil ha mostrado un empoderamiento femenino y diferencias de género en sus acciones. No es mucho lo que se ha escrito, por eso este trabajo se desarrolla en tres apartados: el primero, “De testimonios y testigos”; el segundo, “Con la lente de género”, y el tercero, “A cincuenta años del 68”. Se separan los testimonios escritos por las participantes de los estudios que se han hecho con perspectiva de género y en el último apartado se incluyen algunas reflexiones y libros recientes.

De testimonios y testigos

En la abundante producción historiográfica sobre el movimiento estudiantil de 1968 las mujeres casi no aparecen, especialmente en lo publicado durante las tres décadas después del 68. Algunos de sus testimonios fueron considerados para conmemorar los treinta años del movimiento estudiantil, ahí está la aportación de Raúl Jardón: *1968. El fuego de la esperanza* (1998) que incluye testimonios de mujeres que participaron en el Consejo Nacional de Huelga (CNH); son pocas respecto a los de los estudiantes. Aparecen intercalados en dos secciones: Participantes y testigos, y Líderes. En la primera hay una larga lista de mujeres y sus testimonios son breves,³ en tanto en la segunda se encuentran Marcia Gutiérrez, Myrthokleia González Guardado, Martha Servín, Adriana Corona, Oralia García Reyes, Eugenia Valero, seis mujeres, entre treinta y tres “testimoniante”, integrantes del CNH.

Con motivo de la conmemoración de los treinta años apareció también la obra de Esteban Ascencio (1998), contiene pequeños textos de veinte integrantes del CNH, cinco son de mujeres: Roberta Avendaño (La Tita), Adriana Corona, Myrthokleia González Guardado, Ana Ignacia Rodríguez, (La Nacha) y Marta Servín. Ignacia Rodríguez ha declarado que no fue delegada al CNH sino del Comité de Lucha; el 2 de enero de 1969 por la noche fue secuestrada por agentes de la Dirección Federal de Seguridad, dirigida entonces por Miguel Nazar Haro; su testimonio es revelador.

Desde luego, debe mencionarse la trascendencia del texto *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*, de Elena Poniatowska (1971), que rescata varios testimonios, tanto de los que ya estaban presos, como de quienes participaron en el movimiento; entre esas entrevistas aparecen 103 mujeres, cuyos rastros han sido retomados por varias investigadoras interesadas en analizar este movimiento estudiantil con perspectiva de género, que abordaré más adelante. Muchas de ellas fueron participantes: madres de familia, obreras, maestras normalistas, estudiantes, profesionistas, un material invaluable.

Hasta la conmemoración de los cuarenta años del 68 puede afirmarse que pocos autores tuvieron la visión de considerar la participación de “ellas”; hasta entonces parecía que el movimiento estudiantil había sido organizado por *los* estudiantes, sobre todo por los de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Si revisamos la voluminosa producción de testimonios escritos por los exlíderes estu-

³ María Valles, María Álvarez, Marisela Castillos y Luna, Isabel Huerta, Lucy Castillo, Alicia Maldonado, Rufina Méndez, Carmen González, María Hugo, María Dolores Gómez, Bertha Arévalo, Celia Flores Ramos, Raquel Huerta Parra, Rosa Márquez, Sonia Figueroa, Señora Gutiérrez, Profesora Rosa María Vega de Canto, Josefina Flores Ramos, Graciela Molina, Sonia Rivera, Magdalena Ávila, Araceli Ruiz Segovia, Bertha Montoya Hernández (en Jardón, 1988, pp. 147-187).

diantiles, empezando por el texto de Luis González de Alba (1971), que marcó una literatura del 68, y quienes lo siguieron encontramos pocos textos de estudiantes politécnicos.

En las conmemoraciones la producción se incrementa y en la de los cuarenta años apareció *Octubre dos. Historias del movimiento estudiantil*, de Mario Ortega Olivares, cuya primera edición es de 2008, publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana. En 2013 el Instituto Politécnico Nacional hizo una segunda edición con una presentación breve de Felipe Galván (Ortega y Galván, 2013). Es en este libro donde más mujeres del 68 escriben, en orden de aparición y siguiendo el índice son: Marcia Gutiérrez (de Odontología), “Me dejó mucho dolor y afecto”; Eugenia Escamilla, “Como mujer quería participar”; con Felipe Galván documentan María Luisa Sevilla y Ana María Vázquez, “Defendiendo al Casco de Santo Tomás”; María Elena Núñez Medina, “Le explicaba a la gente”; Virginia Suárez, “Recuerdo una luz”; Gabriela Victoria Alvarado, “Existía la pobreza”; Myrthokleia A. González Guardado (de Wilfrido Massiu), “De mis labios jamás salió nada”. En otro momento me referiré al contenido de sus testimonios, aunque en este grupo faltó Marta Servín, una de las principales líderes, delegada de la Escuela Superior de Ciencias Biológicas. Se trata de textos breves comparados con los escritos por los líderes; basta decir que Raúl Álvarez Garín, quien falleció el 26 de septiembre de 2014, participa con dos amplios textos.

No podemos soslayar el ambiente que estas mujeres enfrentaron antes y durante el movimiento. Sobre Marta Servín, por cierto, tomo algunas referencias interesantes de Jesús Vargas Valdés (2008), quien señala que Marta ya era conocida antes del movimiento estudiantil:

[...] cuando participó como candidata a la presidencia de la sociedad de alumnos (en la Escuela de Ciencias Biológicas) era una mujer con ideas de izquierda, identificada como militante de la Juventud Comunista y apoyada precisamente por varios jóvenes estudiantes que participaban en la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED), organización afiliada al Partido Comunista, ganó a los contrincantes de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) (Vargas Valdés, 2008, p. 69).

Marta corrobora esta información y precisa en una entrevista: “Yo fui dirigente de mi escuela, y una de las trabas que ponían los compañeros para que yo fuera dirigente era precisamente que yo era mujer; cuando se convencieron de que eso no era tan definitivo, ya no opusieron resistencia” (Jardón, 1998, p. 252).

En el 2009 aparece el texto de Heidrun Holzfeind, *México 68*, desde la primera página advierte que son entrevistas con activistas del movimiento estudiantil.⁴ Se trata de entrevistas más amplias y los testimonios son reveladores, entre ellos se encuentra el de Silvia González Marín, quien, después de cuarenta años del movimiento, dirigía el Seminario Nacional de Movimientos Estudiantiles, y cuyo primer libro, *Diálogos sobre el 68*, había sido editado seis años antes. (González Marín, 2003). Ahí por vez primera se incluye un testimonio escrito por María Fernanda Campa Uranga, quien egresó del IPN en 1967 como la primera geóloga; además los textos de Renata von Hanffstengel, Elena Poniatowska, Carolia Paniagua, Selma Beraud, María Teresa Losada, Carmen Soler, Ana Ignacia Rodríguez, Patricia Eugenia de los Ríos Lozano, Mercedes Perelló y Deborah Dultzin Kessler; de dieciocho testimonios doce son de mujeres. Esta publicación responde a la visión de un autor extranjero que no expresa sus motivos para seleccionar los testimonios o acaso considera que los sucesos solamente correspondieron al momento que se vivía en nuestro país; aunque son interesantes, por ejemplo, retomo el de Carmen Soler estudiante de Química Farmacéutica Biológica en la UNAM y miembro del CNH:

[...] ¿Qué piensa del papel de la mujer en el movimiento del 68? Creo que fue uno de los primeros movimientos en los que la mujer se involucró, pero los líderes principales, el núcleo principal del CNH, eran hombres. Aunque participamos fue, como siempre, en papeles secundarios. Sin embargo, muchas mujeres participaron. Participamos muy activamente, opinábamos. Incluso dirigíamos algunas cosas. Es interesante que poco antes del movimiento las mujeres comenzaron a usar pantalones en México. Antes de eso no podías usar pantalones. De modo que algunas cosas se abrieron y en muchas situaciones los hombres preparaban el café, incluso entonces, aunque por lo general eran las mujeres quienes lo hacían. Pero se estableció una relación diferente. Éramos socios. Éramos compañeros. Peleábamos y discutíamos igual que ellos en las reuniones. Creo que eso marcó una diferencia más adelante. Lo que queríamos no era ser líderes sino participar, que no nos dejaran fuera. Y en cierto sentido, no fuimos dejadas fuera. De hecho, una reflexión después de tantos años es que no tienes que ser líder para influir, para contribuir. A veces, se hace lo mismo en un rol secundario que en el principal (en Holzfeind, 2009, p. 134).

Si comparásemos los textos de los varones con los de las mujeres, tanto el tipo de preguntas como de respuestas son distintas; las preguntas a ellas son más ínti-

⁴ Aparecen Renata von Hanffstengel, Carlos Sevilla, Silvia González Marín, Rodolfo Echeverría, Elena Poniatowska, Marcelino Perelló, Raúl Moreno Wonchee, Carolia Paniagua, Selma Beraud, Hira de Gortari, María Teresa Losada, Raúl Álvarez Garín, Carmen Soler, Ana Ignacia Rodríguez, María Fernanda Campa, Patricia Eugenia de los Ríos Lozano, Mercedes Perelló, Deborah Dultzin Kessler.

mas, de inmediato dicen si eran o no mamás, si estaban casadas, si empezaron a usar pantalones. Al decir que “se estableció una relación diferente” hacen hincapié en *la igualdad*. Es natural, porque siguen pensando de inmediato en quiénes dependían de ellas.

No puedo dejar de mencionar el texto revelador de la Tita, la líder más reconocida del CNH (Avenida Martínez, 1998). Tita terminó su carrera de Derecho en la prisión de Santa Marta Acatitla, fue detenida a inicios de 1969. Su texto contribuye a comprender la atmósfera de la cárcel; las condiciones de la vida cotidiana en ella; las diferencias de género, incluso las pocas visitas que tenían, a diferencia de los presos. Es un testimonio profundo, detallado, sobre las relaciones entre las presas, heterosexuales y homosexuales. No habla del movimiento estudiantil, de su experiencia, de su liderazgo, aunque lo hizo frente a las cámaras o grabadoras; en las entrevistas refiere algunos momentos del movimiento. La Tita fue muy conocida porque habló en los mítines y fue captada por varios fotorreporteros. En el 2008 la revista *Proceso*, como homenaje, publicó una breve semblanza de la Tita refiriéndose a los meses en que estuvo presa, pues a finales de 1969 y estando ella en la cárcel murió su madre. En este artículo se publica una carta de José Revueltas dirigida a ellas, a la Tita y sus compañeras Ana Ignacia Rodríguez, Amada Velasco y Adela Castillejos. El texto del escritor dice:

[...] Compañeras de la cárcel de mujeres: reciban nuestro saludo más entrañable. Nuestra lucha, por más ruda que sea, encontrará su recompensa en una sociedad nueva, libre y democrática. No desmayemos. Nadie desmaya. Nada que se realice con el corazón resulta nunca estéril. El mañana es nuestro porque estamos sembrando el hoy con nuestra voluntad inmovible de combate. ¡Venceremos! (*Proceso*, 1998).⁵

Finalmente, y con motivo de los cincuenta años del 68, salió a la luz *Cartas de Libertad*, una bella edición de Ana Ignacia Rodríguez, la Nacha, cuya compilación quedó a cargo de Citlalli Esparza González. Ahí aparecen las cartas que intercambié la Nacha con compañeros y compañeras durante el tiempo que permaneció presa con la Tita, inseparables amigas. El prólogo de Ismael Colmenares Maguregui resume el escenario de quienes escribían sobre y para los presos: “En 1969 supe que estaban en prisión tú y Tita, mis miedos, mis prejuicios se impusieron, y me dejé arrastrar por el machismo: hablábamos de los presos de Lecumberri y de ustedes poco o nada, tampoco te envié una carta (...) tú me quieres hoy, y lo entiendes; yo, no, ni lo justifico” (Rodríguez, 2018, 7). En los últi-

⁵ La Tita falleció en agosto de 1999. “Historias de 1968. la batalla personal de La Tita”, en *Proceso*, 1 de octubre de 1998, <http://www.proceso.com.mx/?p=202123>, consultado el 12 de diciembre de 2014.

mos años la Nacha ha sido una de las más entrevistadas por la prensa y por investigadores; durante el 2018 asistió a varios homenajes y conversatorios organizados por distintas instituciones, *Proceso* y *La Jornada* publicaron varias entrevistas. Podemos conocer más de ella en el libro citado (Holzfeind, 162). Su participación estuvo muy ligada a Tita por estudiar ambas en la Escuela de Derecho de la UNAM.

Con la lente de género

Los estudios de género abrieron ventanas para ver a las mujeres en el movimiento estudiantil de 68; en mi texto “Tras las huellas del 68. Desde un enfoque de género” (en Rivas, 2018, 231-261) realizo un primer acercamiento a lo que se ha publicado con esta perspectiva. Los primeros estudios se remiten a 2001; son las historiadoras anglosajonas Lessie Frazier y Deborah Cohen quienes sostienen que «Hasta ahora, la ‘historia’ del movimiento se ha conformado principalmente a través de los recuerdos de un pequeño sector de sus participantes, quienes han sido objeto de mucha difusión: las personalidades del CNH” (Frazier-Cohen, 2001, pp. 105-111).

En efecto, la prensa y los estudiosos del movimiento dirigieron su atención a los delegados del CNH y, más aún, se centraron en los presos políticos de tal forma que ellos pasaron a ser los principales protagonistas de un movimiento que, como conocemos, fue masivo. Después de las conocidas obras de Elena Poniatowska y de Luis González de Alba Lecumberri pasó a ser el espacio y la atmosfera de los que más se hablaron y se continúa escribiendo.⁶ Lessie Frazier, de la University of South Carolina, y Deborah Cohen, de la University of Chicago, continuaron investigando y escribieron “México” 68: *Defining the Space of the Movement, Heroic Masculinity in the Prison, and Women* y *No sólo cocinábamos... Historia inédita de la otra mitad del 68* (Frazier-Cohen, 1993). En este último título puede advertirse que sesenta entrevistadas mostraron que si bien hubo una división sexual del trabajo, de acuerdo con los roles de género, ellas hicieron mucho más que eso, pero que el discurso hegemónico sobre el 68 ha surgido desde la prisión, de la represión.

Estas historiadoras abrieron líneas de investigación, entrevistaron a hombres y mujeres, no necesariamente delegados al CNH. Las preguntas que plantearon para

⁶ En el 2018 se publicaron dos textos sobre los presos en Lecumberri: el de Arturo Ortiz Marbán, *A 50 del 68, prisión y otras vivencias*, es muy extenso, abarca 762 páginas en las que proporciona valiosos testimonios, y *Lecumberri en el 68. A 50 años del movimiento estudiantil*, de Pedro Castillo. Desde sus primeras páginas estos libros aluden a lo terrible que fue sufrir la cárcel, el amotinamiento, las crujías, la comida, la represión de todo tipo.

desarrollar sus líneas de trabajo eran nuevas y las respuestas sugieren un ambiente, una atmósfera familiar. Cito un ejemplo: “Si querías participar, primero necesitabas salir de la puerta de la casa de tu padre”. Esta observación testifica cómo las reacciones de sus familias impactaron enormemente la manera en que las estudiantes vivían el movimiento. Muchas familias se sintieron amenazadas por las actividades de sus hijas, o sea, por el colapso del sistema patriarcal (Frazier-Cohen, 106).

Pocos trabajos recuperan las voces de mujeres, afortunadamente y a cincuenta años podemos encontrar más estudios y parece ser que inicia una nueva ola de lecturas e interpretaciones sobre el 68 con enfoque de género. En el 2018 Frazier y Cohen regresaron una vez más a México y presentaron una ponencia donde examinan y escriben una reflexión sobre lo que ha pasado después de cincuenta años. En “La política participativa y los legados de México 68”⁷ no sólo se refieren a México, también a Estados Unidos, en su momento podremos conocer más sobre esta nueva aportación.

Coincido con quienes sostienen que el 68 no puede reducirse al 2 de octubre, debe analizarse todo el proceso, incluir desde la marcha por las libertades democráticas, porque los estudiantes, hombres y mujeres, participaron desde los primeros días de febrero. El 68 fue un prisma cultural y modificó la forma de ver la vida, concientizó a los jóvenes sobre la pobreza, la injusticia, la intolerancia y la inexistencia de derechos humanos; sin embargo, ¿qué significó para las mujeres y por qué, salvo excepciones, en la mayoría de testimonios y ensayos apenas son mencionadas y mucho menos habían sido visibilizadas en la historiografía sobre el movimiento?

Podemos dilucidar la explicación de esta ausencia si se consideran varios elementos: en los primeros treinta años prevalecen los escritos de denuncia, donde el propósito es mostrar la brutal represión al movimiento, los secuestros, el campo militar, la cárcel, las torturas, etc. Asimismo, las entrevistas han girado a partir del concepto *líder*, pese a que había varias estudiantes líderes reconocidas. La mayoría de integrantes del Consejo Nacional de Huelga eran hombres; de la amplia lista de los primeros 272 integrantes del CNH, solo pocas escuelas tenían una representante, en total alcanzaban a ser 33 (Rivas, 2007, pp. 607-617). Estas cifras son resultado de la composición escolar, por género, en las instituciones de educación superior, es decir, la representación numérica de las mujeres es menor. Otro elemento de peso corresponde a las explicaciones androcéntricas; además debe agregarse que en la subjetividad de las propias jóvenes ellas se consideran activistas: “nosotras ayudábamos”, frase frecuente en las entrevistadas.

⁷ Ponencia inédita presentada en el Congreso Internacional a 50 años del 68: Utopía en Movimiento, organizado por la FES Aragón, UNAM, SENAMEST, CCUT, Ciudad de México, 29 de agosto de 2018.

A cincuenta años del movimiento la percepción de las participantes es distinta; pudimos escucharlas en conversatorios, como el de “Brigadistas politécnicos 1967-1971”, en el que participaron Myrthokleia González (Wilfrido Massieu) y Alicia Sánchez (Vocacional 7), con Sergio del Río (Vocacional 1). En sus recuerdos las mujeres mencionaron detalladamente cómo era el ambiente familiar y cómo se incorporaron al movimiento; su visión del espacio privado y del público es más íntima.

Continuando con la inquietud de generar nuevos conocimientos, a partir de la siguiente pregunta: ¿qué hacían las mujeres en el movimiento estudiantil?, entrevisté a varias estudiantes que vivieron el 68 en Puebla y a algunas que estudiaban en la Ciudad de México y poco después llegaron a trabajar a la Universidad Autónoma de Puebla (UAP). En el 2004 se publicaron los resultados con el título *La otra historia. Voces de mujeres del 68, Puebla* (Tirado, 2004). Mi objetivo era escarbar en sus recuerdos: ¿qué eran ellas antes, durante y después del movimiento? Las preguntas abordaron esas experiencias; desde luego, partí de la categoría *activistas* y no la de *líderes*. Algunas se reconocieron como “las adelitas”, pero la experiencia de su participación se evidencia en los siguientes años como un proceso de empoderamiento: luchan y ocupan cargos de representación en el Consejo Universitario o en los sindicatos universitarios, en la dirección de escuelas (Tirado, 2012, pp. 147-170).

El apoyo en el trabajo de memoria fue sustancial porque nos remitió a problemáticas que no encontramos en los documentos; con sus subjetividades amplían el conocimiento de lo que vivieron y, sobre todo, cómo lo vivieron. Recuperar voces de mujeres se vuelve central porque volvemos historiable aquello que ha pasado desapercibido para otros. Sin duda la historia oral permite indagar en los recuerdos de las entrevistadas o informantes y reconstruir atmósferas, retos; apelamos a la memoria individual y con ella reconstruimos una memoria colectiva. Los testimonios permiten acercarnos a lo que ellas pensaban y conocer cómo se unieron a la huelga solidaria. Como afirma la doctora en historia Josefina Cuesta sobre la especificidad del testimonio:

[...] la especificidad del testimonio, consiste en que la aseveración de la realidad es indisociable del sujeto que testimonia y da la atribución a sí mismo del recuerdo. El testimonio recae indivisiblemente sobre el hecho narrado y sobre la presencia del narrador. Habitualmente, una fórmula condensa esta simbiosis entre el *qué* y el *quién*, en la que se identifican tres elementos al menos: la primera persona del singular, el tiempo pasado del verbo y la denominación del espacio narrado como allí, en contraposición a aquí (Cuesta, 2008, p. 129).

Todos los estudios que aquí se analizan han utilizado los testimonios e historias de vida o los han combinado; lo que se percibe es que la memoria de las mujeres es distinta a la de los hombres. Coinciden en la significación que para ellas tuvo participar, usar la palabra, utilizar su tiempo, salir de su casa, apoyar a sus compañeros. Los testimonios de varias de ellas coinciden en la igualdad de género durante el movimiento.

Las jóvenes historiadoras han desarrollado innovaciones en la perspectiva de género, Beatriz Argelia González García, por ejemplo, en su tesis *Las mujeres del 68: de la fotografía a la historia. El caso del periódico La Prensa*, muestra imágenes donde sí aparecen estudiantes mujeres realizando diferentes actividades durante el movimiento estudiantil y al mismo tiempo analiza cómo fueron tratadas por los fotorreporteros en un discurso visual en el que casi siempre ignoran su presencia (González, 2011). Esta historiadora continuó estudiando las imágenes como fuente y realizando algunas entrevistas. Un avance de su investigación lo encontramos en “Mujeres somos y en el 68 anduvimos. El activismo en las calles” (González, 2010), en el que visibiliza en este movimiento la activa participación de las mujeres anónimas. Su enfoque novedoso se sustenta en una revisión hemerográfica del material publicado en impresos de corte policiaco de amplia circulación, como el periódico *La Prensa* y los semanarios *Alarma y Alerta*. Su tesis ya citada “ratifica esta inquietud de trabajar desde la mirada de los fotorreporteros de la nota roja, y muestra el discurso visual con el que presentaron a las participantes. En una entrevista después de exponer su ponencia “De guerritas y algaradas: representaciones de las mujeres del 68 en la nota roja”, precisó lo siguiente:

Hoy la participación de las mujeres en el 68 se debate en relación con el grado de liderazgo o representación que tuvieron en los comités de las escuelas y en el seno del Consejo Nacional de Huelga, lo que reduce su presencia y conduce a interpretaciones equivocadas que promueven la idea de que los participantes son los líderes estudiantiles. Considero que esto abre la interrogante sobre ¿quiénes son las sesentayocheras? Incluye a las mujeres que durmieron en las escuelas; las que brigadearon; las que marcharon; las que encabezaron contingentes; las que lanzaron agua hirviendo a los soldados desde las ventanas de los departamentos de Tlatelolco; las que arrojaron zapatos a las tanquetas militares en el zócalo; las militantes de la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas que se plantaron frente a la Procuraduría General de la República para exigir la libertad de los estudiantes y las que entrenaron a sus hijos con la “V” de la victoria en alto.⁸

⁸ La ponencia la presentó en Puebla en el Congreso Internacional “A 45 años del 68” el 21 de octubre de 2013. La declaración de Beatriz Argelia apareció en *Boletín de la BUAP*, miércoles 23 de octubre 2013.

Todas estas interpretaciones se nutren de la oralidad. A la pregunta ¿por qué se utilizan las entrevistas como fuentes idóneas?, podemos responder que descubren sujetos históricos que permanecían en el anonimato. Historias de vida, correspondencia privada, entrevistas, diarios, contienen una gran riqueza de información para la historia de las mujeres; lo interesante son las preguntas que se proponen dilucidar. La visión de las jóvenes investigadoras extranjeras adquiere esa familiaridad, es el caso de Sabatié Caroline; en “*Le mouvement ‘etudiant au Mexique: l’émancipation féminine en marche*” se apoya en testimonios, y el epígrafe deja muy claro su objetivo: “El movimiento del 68 fue una oportunidad para las mujeres [...] para dar un gran paso a la igualdad”. Se apoya en entrevistas publicadas por Elena Poniatowska en su conocido libro *La noche de Tlatelolco*. (Sabatié, 2006).

En el 2008 aparece un capítulo escrito por Alma Silvia Díaz Escoto. En “Las mujeres en los movimientos estudiantiles de 1968 y de 1999-2000. Hacia la emancipación y el empoderamiento” no sólo visibiliza la problemática de las mujeres, sino cómo vivían el movimiento estudiantil de 1968. Al compararlas con la generación que participó en el movimiento estudiantil de 1999 las diferencia sustancialmente, no sólo en las demandas sino en la intensidad de participación de las estudiantes. Esta reconstrucción comparativa se apoya en entrevistas (en Tirado, 2008, pp. 117-137).

Siguiendo con el análisis de la imagen, el texto de Adriana Sally Rojas Martínez, “Juventud rebelde en el contexto de 1968 a través de la visión de las revistas *Sucesos para todos e Impacto*”, muestra que el movimiento de 1968 no sólo afectó la vida cotidiana de las jóvenes universitarias sino también la de las maestras, las madres de familia, las periodistas, las actrices. Pero estas revistas identifican la participación femenina como “frívola”, “liberal”, despreocupada y, por si fuera poco, con una “nueva moral”, con un “prototipo alejado de las mujeres de principios de siglo, que portaban recatados vestidos, discretos colores y peinados bien elaborados”. El lenguaje visual de las revistas presentó a las jóvenes en esta revolución cultural y en movimientos estudiantiles, como jóvenes que solo quieren cambiar su vida emocional y sexual, presentó imágenes de mujeres besándose. Las imágenes que acompañan el texto son representativas de la denostación de ese lenguaje visual (en del Castillo, 2008, pp. 49-50).

Hay que reconocer el interés de las estudiantes de posgrado en conocer las experiencias de las estudiantes. Karina Ivonne Cruz Flores en su tesis de maestría en Educación, *La participación de las universitarias en el movimiento estudiantil mexicano de 1968*, dedica un capítulo a la participación específica de las universitarias. Para lograr su objetivo, además de consultar fondos en el Archivo General de la Nación, realizó entrevistas a participantes en el movimiento; tomó como eje conceptual la identidad femenina y distinguió la participación política del género femenino como sustento de esta su trabajo (Cruz Flores, 2012). Su interés por continuar buscando a las participantes la llevó a

conocer sus trayectorias después del 68. Su tesis doctoral, *Trayectoria e inclusión profesional de mujeres que participaron en el Movimiento Estudiantil de 1968 en México*, reconstruye acontecimientos que impactaron especialmente en las mujeres; indagó la forma en que las exestudiantes se integraron a diferentes campos profesionales, rompieron estereotipos y condiciones adversas. Para abordar su investigación consideró el registro de la participación de varias mujeres: Roberta Avendaño, Ignacia Rodríguez, Luz María Aguilar, Adriana Corona Vargas, Gladys G. López Hernández, Zoía Elieth Hernández, Oralba Castillo Nájera, Marcia Elena Gutiérrez Cárdenas, Myrthokleia González Guardado y Esmeralda Reynoso Camacho; además a Alicia Téllez Sánchez y Claudia Rincón Gallardo, quienes fueron entrevistadas por Alma Silvia Díaz Escoto y aparecen en el texto *Mujeres en los movimientos sociales de finales del siglo XIX al siglo XXI* (en Tirado, 2008, 117-137). Entrevistó algunas de las participantes: Luz María Aguilar, Adriana Corona Vargas, Gladys G. López Hernández, Patricia Mares Aguilar, Zoía Elieth Fernández Mejía, Oralba Castillo Nájera, Marcia Elena Gutiérrez Cárdenas, Myrthokleia Adela González Guardado, Esmeralda Reynoso Camacho, y Marcela Frías Neve (Cruz Flores, 2018).

Otro estudio interesante es el de Alessa Pech y Osvaldo Romero: “El olvido de las mujeres asesinadas en el movimiento estudiantil de 1968 en México” (Pech y Romero, 2013, 125-144), quienes apoyándose en entrevistas reflexionan sobre la participación de las mujeres. Complementan y recurren a cuatro textos ya mencionados: los de Cohen y Frazier; el artículo “El movimiento estudiantil de 1968 en el proceso de radicalización hacia la lucha armada en México: 1968-1971”, de la investigadora Florencia Ruiz Mendoza, porque esta última realiza una cronología del movimiento que permite dar cuenta de su proceso; “Otra mirada al 68: mujeres universitarias en Puebla” (Tirado, 2004) y “La participación de la mujer universitaria en el movimiento estudiantil de 1968 en México”, de Karina Ivone Cruz Flores (2011).

Carmina Quirarte, estudiante en el programa California Pre-Doctoral Program,⁹ realizó dos estancias en México que le sirvieron para revisar hemerografía y bibliografía para su tesis doctoral. Se propuso estudiar el feminismo a partir del movimiento estudiantil del 68. El título de su investigación es “Adelante por una causa: female participation in Mexico’s 1968, student movement and its influence to mexican feminism” (2008). En este texto insiste en la abundante literatura sobre el movimiento estudiantil mexicano y los sucesos del 2 octubre de 1968, y señala que de estos estudios pocos se han enfocado en la participación de las mujeres. Su trabajo, inédito aún, revela lo esencial de la intervención de las mujeres mexicanas durante el movimiento estudiantil y cómo revolucionaron y por primera vez ampliaron un movimiento feminista en México en 1970, el que hasta ahora sigue

⁹ Carmina Quirarte realizó su verano de 2007 en Puebla con mi asesoría y regresó en la primavera del 2008.

luchando por la causa de las mujeres. Entrevistó a Ana Ignacia Rodríguez, la Nacha, aunque sus principales fuentes fueron la revista *Fem* y bibliografía de protagonistas feministas.

Cincuenta años después

Sigue la insistencia, casi reclamo, de las participantes del 68: visibilizar a más. Con motivo de los 45 años del 68 la prensa entrevistó a varias participantes. Esmeralda Reynoso Camacho. En 2013 era coordinadora del Memorial del 68 del Centro Cultural Tlatelolco; en 1968 formó parte del Consejo Nacional de Huelga; fue detenida el 18 de septiembre cuando el ejército tomó Ciudad Universitaria; Esmeralda se encontraba en sesión del CNH.¹⁰ No sólo ella sufrió la represión, también sus padres, quienes se encontraban en una reunión de padres de familia en un salón de la Facultad de Medicina que les prestaba. Por todo lo vivido, para ella el gran logro del 68 son los cambios sociales: “Las mujeres ya no somos las mismas, las relaciones interfamiliares cambiaron, los hijos levantaron la voz a sus padres”.¹¹ En la entrevista sostiene que: “hay que rescatar el 68 desde un enfoque de la resistencia” y que esto incluye revisar lo que se ha escrito sobre el movimiento estudiantil. Coincido con ella plenamente, solo agrego: debemos incluir más a las mujeres.

Adriana Corona confirma lo que era ser mujer en el 68: “La sociedad de aquella época era una sociedad muy rígida para hombres y mujeres, pero especialmente para las mujeres”. Pese a todo algunos padres y madres se involucraron. “Nosotros, los del Comité de Lucha de la Prepa Seis, yo era representante de la prepa en el CNH, nos la vivíamos en la casa de una de las compañeras. Su mamá jalaba con nosotros para todos lados, estábamos siempre en esa casa y la señora, que era viuda, jugó un papel importante”. (Ascensio, 1998, 43-46).

En el 2018 fue sorprendente la cantidad de textos con testimonios de los sesentayocheros. Aunque siguen siendo las menos, resulta interesante preguntarse ¿qué diferencia la escritura de ellos y las de ellas? La memoria es distinta, como se ha dicho, la selección de los hechos pasa por diferentes tamices; también entre las que participaron y las que fueron detenidas; entre las que eran delegadas y las que no; las que eran madres y las que no, las que eran esposas de los presos y las que no. Sin embargo, nuevamente son escasos los textos escritos por las mujeres.

En cuanto a testimonios, apareció el ya citado *Cartas de Libertad*, de Ana Ignacia Rodríguez, *La Nacha*. 2018 fue un año donde la memoria de las mujeres fue

¹⁰ Datos proporcionados por Esmeralda Reynoso Camacho, 15 de diciembre de 2014.

¹¹ Entrevista a Esmeralda Reynoso Camacho, *Al momento noticias*, 10 de octubre de 2013.

considerada en los distintos conversatorios y entrevistas. En materia de investigación sobresale el texto de Susana Draper, *México 1968. Experimentos de la libertad, constelaciones de la democracia* (2018), conviene traer las palabras de la autora donde explica por qué llamarle constelación:

[...] este libro intenta *suspender* o *desplazar* dos de los encuadres que considero que han dado forma a la construcción de la mirada más dominante del 68 en México: una remite a la predominancia de voces, recuerdos, testimonios y disputas de algunos líderes masculinos, que eran estudiantes universitarios y figuras cruciales en el Consejo Nacional de Huelga; otra remite a la primacía que tiene la masacre de Tlatelolco a la hora de hablar y pensar el 68, casi convirtiéndose en una figura metonímica en la que muchas veces “el movimiento del 68” parecería adquirir el nombre de “la masacre de Tlatelolco” (Draper, 2018, p. 13).

Por eso, insiste la autora, “constelación sería seguir el trazo que va vinculando diferentes puntos centelleantes en una multiplicidad de conceptos, imágenes, cuerpos y memorias que emergen como modos diferentes de continuarlos en el pensamiento, en la imagen o en un presente distante” (Draper, 2018, p. 13).

De su libro resaltamos el capítulo 5, “Descentramientos de género, intervenciones filosóficas”, donde propone replantear el 68 como un movimiento político incluyente, y establece varios temas, como la igualdad y desigualdad en los procesos de rememoración del 68, sobre los cuales la literatura de estos últimos años ha girado. Aguda observación porque las lecturas de memorias sobre el movimiento estudiantil son distintas; insisto, mientras algunas participantes afirman haberlo hecho en condición de igualdad, otras hablan de subordinación y señalan el contexto masculinizado en que vivían, lo que depende de su forma de inclusión en el movimiento. Más aún, algunas participaban desde tiempo atrás, pertenecían a partidos de izquierda; otras confirman con sus recuerdos la gran diferencia con el movimiento del 68, como lo dice Marta Servín:

Mi versión no es que el 68 sea el parteaguas como mucha gente lo ha querido ver, más bien el 68 fue un partemadres, sin ninguna palabra menos. Destruyeron simiente, infraestructura organizativa y sobre todo cambio. Sin duda, México no es el mismo, pero no es el que hubiéramos querido tener. Es decir, en 68 las grandes movilizaciones que se dieron implicaban una infraestructura previa. Te lo puedo decir con mucha claridad porque yo era del Politécnico y la versión de la gente del Politécnico es muy diferente a la de la UNAM (Ascencio, 1998, p. 191).

Para hablar de la participación de las mujeres en la creación de la memoria del movimiento debemos atender las diferentes prácticas políticas, los antecedentes y las diferencias en la formación de las jóvenes, muchas de ellas incluso habían estudiado la enseñanza media en escuelas femeninas y privadas. Por eso coincido con Susana Draper cuando dice:

[...] tomo la palabra mujer, como el lugar en el que se llevan a cabo formas abiertas de significación. Esto es no tomo la palabra mujer como una identidad fija que le asignaría papeles y funciones determinadas, sino, más bien, remito a cómo diferentes actos de intervención y participación política cuestionaron radicalmente esas formas de identificación fija que históricamente congelaron a las mujeres en un lugar determinado. En las pocas memorias del movimiento, la aparición de un sentido de igualdad en las formas de hacer política en las calles, en las casas, en los lugares de estudio, hablan de la habilidad de no estar donde se esperaba que estuvieran, de no hacer lo que se esperaba hicieran. Este es un componente crucial que se hizo visible a partir del 68 y que se haría mucho más fuerte en la década siguiente, con la fundación de los grupos de liberación femenina y homosexual (Draper, 2018, p.189).

Un artículo por demás esclarecedor es el de Verónica Oikión Solano (2018, pp. 55-84); recupera el papel y el quehacer de la Unión Nacional de Mujeres Mexicana (UNMM), que había sido ignorado hasta entonces y analiza la relativa distancia de la Unión con el feminismo e insiste en valorar su actuación en el 68. Destaco el concepto *resistencia de las mujeres*, como lo plantea la autora:

Me concentro en el papel destacado que tuvo la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas en el verano del 68, cuya representación sigue, en la actualidad, bastante ignorado. Este desconocimiento se debe a que la abultada historiografía de la movilización juvenil generalmente ha dejado de lado la resistencia de las mujeres en dicha coyuntura —estudiantes, brigadistas, maestras, madres de familia, trabajadoras, intelectuales, artistas, etcétera— al reproducirse un discurso historiográfico con un acento masculinizado sobre el movimiento (Oikión, 2018, p. 57).

Aclara que no todas las mujeres de la UNMM necesariamente militaban en el Partido Comunista Mexicano; las mujeres de la UNMM se reconocieron como de izquierda, con posturas progresistas y de cambio social. Resulta por demás trascendente la participación de la Unión, mujeres que convocaron a manifestaciones de protesta desde los primeros detenidos; que estuvieron atentas a las demandas de libertad de los presos políticos. Poco se había hablado de ellas, aunque su participa-

ción aparece documentada en cronologías, como la de Ramón Ramírez y el citado Raúl Jardón.

La UNMM se solidarizó desde el inicio del movimiento; el 2 de septiembre envió una carta al presidente Díaz Ordaz expresándole: “Como madres, como mujeres, como ciudadanas mexicanas (...) rechazamos la calumnia contra el estudiantado, patentizamos una vez más nuestra solidaridad con el movimiento y esperamos la justa solución de las demandas planteadas” (Jardón, 1998, 66). Como otras organizaciones, se movilizó para exigir la liberación de los presos políticos. Las detenciones se volvieron pan de cada manifestación, pero lo ocurrido la tarde del día 2 de octubre fue terrible.

Siguiendo huellas para historiar a las mujeres encontré a una excepcional, no sólo participó en el movimiento estudiantil de 1968 sino en todos los movimientos estudiantiles, desde 1956 a 1968, y en los movimientos sociales hasta su fallecimiento, el 16 de enero de 2019. Se trata de María Fernanda, la *Chata*, Campa Uranga, de quien poco se conocía si consideramos todo lo que hizo y representa; una mujer que debía ser estudiada. Desde todos los puntos de vista María Fernanda rompió con los estereotipos; fue la primera geóloga egresada del Instituto Politécnico Nacional (1967); una mujer que estudió una carrera entonces masculinizada. Varias preguntas surgieron: ¿Por qué escogió esa carrera? Cómo vivió la persecución y encarcelamiento de su padre, Valentín Campa, encarcelado en diez ocasiones, la última permaneció por más de once años entre Lecumberri y Santa Martha Acatitla. Valentín fue uno de los presos por su participación en el movimiento ferrocarrilero. Recordemos que una de las primeras demandas que el CNH acordó incluir en su pliego petitorio fue la liberación de todos los presos políticos

La historia de vida de María Fernanda Campa Uranga se apoyó en largas entrevistas, en testimonios publicados, en biografías de algunos de sus familiares, como su madre, Consuelo Uranga, feminista y comunista. Por fortuna, el historiador Jesús Vargas Valdés ahondó en ella y escribió *Consuelo Uranga. La roja*, que devela la trayectoria de la madre de Valentina y María Fernanda (Vargas Valdés, 2017). De gran valía también fue conocer *Saber/Contar*, de Manuel Diego (2013), biografía de Manuela Garín, suegra de María Fernanda y madre de Raúl Álvarez Garín. Además de entrevistar a sus amigos se consultaron fichas de la Dirección Federal de Seguridad. María Fernanda fue una líder, política y académica afincada siempre en la izquierda.

Entre 2016 y 2018 presenté varias ponencias en las que articulé la participación política de María Fernanda con el movimiento estudiantil de 1956, cuando estalló en el Instituto Politécnico Nacional la lucha por el Internado; ella estudiaba entonces en la Vocacional 1. El avance de investigación “Una historia de resistencia y lucha por las libertades. Fernanda Campa Uranga, 1968 (México)” se presentó en el XII Encuentro Nacional y VI Congreso Internacional de Historia Oral de la Re-

pública Argentina, “Voces y Memorias en el Bicentenario de la Independencia”; el encuentro se realizó en la Universidad Nacional de Tucumán en el 2016.

Las fichas de la DFS son interesantes, dan razón de cuán seguidas eran las hermanas Valentina y María Fernanda, aunque los judiciales mencionan más a María Fernanda y su conexión con varios movimientos estudiantiles del interior del país, como el que en 1961 estalló en Puebla. En una ocasión fue detenida al salir de visitar a su padre en Santa Martha Acatitla, llevaba correspondencia a Enrique Cabrera Barroso, preso en la cárcel de San Juan de Dios (Puebla). ¿Cuántas veces María Fernanda fue a ver a su padre y sirvió de enlace con otros correligionarios y camaradas de izquierda? ¿Cómo se formaron las niñas Campa Uranga con una madre feminista, opositora al régimen, junto a la que escuchaban demandas de campesinos y obreros?

Pese a las adversidades fue una magnífica estudiante, egresó del Politécnico en 1967. Este año, el 8 de marzo, en la Facultad de Ciencias de la Tierra del IPN le hicieron un homenaje, ahí el decano informó que fue la mejor estudiante de su generación.

María Fernanda vivió en los años en que la represión era pan de cada día. Además de visitar a su padre en la cárcel de Lecumberri, visitaba también a Raúl Álvarez Garín, su pareja, quien permaneció ahí de 1968 a 1971. Las visitas a su padre en Santa Martha terminaron el primer día de 1970. ¿Cómo hacía para ir a ver a uno y a otro, trabajar en el Instituto Mexicano del Petróleo, sostener a su familia, educar a su hija Manuela, asistir a su madre y, en muchos momentos, junto con su suegra y otras mujeres, luchar por la liberación de los presos políticos? Los estudios de género no pueden dejar de lado esta capacidad de trabajo, resistencia, lucha y compromiso. Esta historia de vida es un homenaje a la generación del 68 y un reconocimiento a María Fernanda Campa Uranga, quien no dejó de luchar hasta sus últimos días.

Cierro este apartado con un texto reflexivo, profundo, de Marta Lamas: “Del 68 a hoy: la movilización política de las mujeres” (2018), donde no solo cuestiona la ausencia de las mujeres sino que en algunos textos apenas aparecieran mencionadas, como *El 68*, de Paco Ignacio Taibo II, donde el autor reflexiona:

Ser mujer en el 68 no era mala cosa. Era para miles de compañeras la oportunidad de ser igual. El 68 era previo al feminismo. Era mejor que el feminismo. Era violentamente igualitario. Y si no lo era, podía serlo. Un tipo, una tipa, un voto, un bote de colecta, un montón de volantes, un riesgo. Eso, de entrada, poco importaba si tenías falda o pantalón. Y ser hombre en el 68 era mejor, porque existían esas mujeres (Taibo II, 1991, p. 49).

En este libro, señala Marta Lamas, en el capítulo titulado “Mujeres y colchones” Taibo II hace alabanzas: “Las mujeres eran maravillosas. Eran guapas, guapísimas. Paseaban su indiscutible belleza con desenfado y sin cosméticos” (Taibo II, 1991, p- 49). Las reflexiones de Lamas apuntan a las siguientes interrogantes: ¿Cómo fue la participación de las mujeres durante el movimiento estudiantil de 1968? ¿Cómo es la movilización feminista ahora, cincuenta años después? ¿Cuál es el vínculo entre el ayer y el hoy? Mucho se ha escrito sobre la dinámica política del movimiento y varios líderes han transmitido su visión sobre el proceso político y sus vicisitudes personales durante su encarcelamiento; en cambio, muy pocas de las participantes han puesto por escrito la forma en la que el 68 impactó sus vidas, sus relaciones y su trayectoria política. Es hasta fecha muy reciente cuando ha surgido una crítica sobre la ausencia de testimonios y reflexiones sobre el papel crucial que jugaron las mujeres durante y después del movimiento (Lamas, 2018, p. 266), con lo cual concuerdo totalmente.

Conclusiones

Durante las primeras tres décadas después del 68 la literatura sobre el movimiento estudiantil se concentró en la denuncia, en mostrar quiénes fueron los culpables de la masacre del 2 de octubre, esa fue la tarea sustancial de quienes escribieron. El Comité de 68, formado con este propósito, presentó alegatos y exigió el castigo a los responsables del genocidio. Por otra parte, los periodistas se abocaron a entrevistar a los líderes, principalmente; basta buscarlos en YouTube para conocer sus testimonios; las entrevistas se sustentan en el concepto líder; Aunque hubo varias mujeres líderes reconocidas, la mayoría de los integrantes del Consejo Nacional de Huelga eran hombres. Desde luego, el sujeto juvenil, o los jóvenes, mejor dicho, han sido estudiados con una perspectiva del sujeto universal: el hombre. Es a inicios del siglo XXI cuando van apareciendo estudios sobre movimientos estudiantiles con la perspectiva de género, como una segunda oleada de inquietudes en las interpretaciones de los movimientos sociales y juveniles.

Los estudios de género demostraron que había otra forma de hacer visibles a quiénes participaron en el movimiento, hicieron una crítica a lo ya escrito, estos estudios aparecieron treinta años después con las historiadoras anglosajonas Leslie Frazier y Deborah Cohen y en el segundo apartado se muestran las autoras. Pese a que aún son pocos estos estudios, comparados con los que se han hecho de los hombres, es interesante ver que ya parte de ese 50 por ciento que participó en el movimiento estudiantil está presente. Ana Ignacia Rodríguez, la Nacha, ha sido de las más entrevistadas, su insistencia en la justicia y en el reconocimiento de su

gran compañera La Tita la ha mantenido vigente en la lucha y en el Comité de 68. Durante el 2018 participó en varios conversatorios en los que expuso su testimonio sobre su aprehensión ante un público ávido de conocer lo ocurrido.

Los cincuenta años del 68, además de testimonios, conversatorios y entrevistas a varias mujeres, develaron su participación. De María Fernanda Campa Uranga apareció una entrevista en vídeo que le hicieron en *La Jornada*, “Así vivió la Chata el 2 de octubre”, que circuló ampliamente. No sobra decir que la prensa pasó por alto muchos testimonios de mujeres, los periodistas no se dirigieron a ellas ni los historiadores sobre el 68 lo han hecho. Este es el sentido de recuperar la memoria de María Fernanda Campa Uranga, compañera de vida de Raúl Álvarez Garín, preso político.

En las fuentes orales para el estudio de las mujeres, sobre todo de las estudiantes, se consideran cuatro elementos interrelacionados: los símbolos culturalmente disponibles, los conceptos normativos, las relaciones de género y la identidad subjetiva. Estos elementos son evidentes en las entrevistas y pueden leerse de varias formas, además de las señaladas. Sin embargo, retomo del texto de Marta Lamas el siguiente aspecto: las jóvenes aprenden del 68 y hacen comparaciones con lo que viven en la actualidad:

[...] Ahora nosotras, las feministas de las nuevas generaciones, y con la mirada que tenemos del 68 podemos ubicar cosas que han cambiado, por ejemplo, ya participamos más las mujeres, ya participamos, incluso, a nivel estructural, en los puestos políticos de la universidad, en la academia, en muchos escenarios. Sin embargo, cuando yo leo las entrevistas de la Nacha y de otras mujeres que hablan del machismo en su Facultad, ¡híjole, es mi realidad!: escuchar comentarios sexistas y machistas en el salón de clases, en eventos académicos, salir a la calle y que te griten un piropo, me hace pensar hasta qué punto, qué alcance puede tener el 68 al hacer que las mujeres participemos más y nos politicemos, pero también qué cosas no han cambiado y nos hacen pensar que es necesaria más politización. Y que los hombres no siempre han tomado parte de ese proceso de politización desde el feminismo (Lamas, en Seminario de la Modernidad, 2018, p. 280).

Finalmente, puedo afirmar que el interés por investigar lo que ocurrió en el 68 ha pasado ya de visibilizar a las mujeres, estudiantes, profesoras, madres de familia, a buscarlas en sus trayectorias después del 68; a reconstruir lo que han hecho, a desmitificar esos sesgos de género en las investigaciones, discursos y testimonios. Por fortuna, por sus testimonios, por las tesis señaladas, conocemos el desarrollo profesional que han tenido y los cargos públicos que han ocupado. A las que participaron en el CNH las vemos, en su mayoría, incorporadas a la izquierda, han con-

tribuido al proceso democrático y muchas de ellas influyen desde la academia. Solo falta continuar en el seguimiento de sus huellas.

Bibliografía

- Ascencio, E. (1998). *1968: Más allá del mito*. México: Ediciones del Milenio.
- Avendaño Martínez, R. (1998). *Testimonios de la cárcel. De la libertad y el encierro*. México: La Idea Dorada.
- Campa Uranga, M. F. (2009). México 68. Kodoji Press. Consultado en <http://www.mexico68.net/files/mex68spanishrz.pdf>.
- Cruz Flores, K. I. (2012). *La participación de las universitarias*. Tesis de Maestría en Investigación Educativa. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Cuernavaca.
- Cruz Flores, K. I. (2018). *Trayectoria e inclusión profesional de mujeres que participaron en el movimiento estudiantil de 1968 en México*. Tesis de Doctorado en Educación. Cuernavaca: Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Cuesta Bustillo, J. (2008). *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España, siglo xx*. Madrid: Alianza Editorial.
- Díaz Escoto, A. S. (2008). “Las mujeres en los movimientos estudiantiles de 1968 y de 1999-2000. Hacia la emancipación y el empoderamiento”. En: G. A. Tirado Villegas (coord.), *De la filantropía a la rebelión. Mujeres en los movimientos sociales de finales del siglo xix al siglo xxi*. Puebla: BUAP-VIEP-Cuerpo Académico de Estudios Históricos, pp. 117-137.
- Diego, M. (2013). *Manuela Garín. Saber/Contar*. México: Ediciones Oro de la Noche.
- Draper, S. (2018). *México 1968. Experimentos de la libertad, constelaciones de la democracia*. Ciudad de México: Siglo XXI editores.
- Frazier, C. (1993). “No sólo cocinábamos... Historia inédita de la otra mitad del 68”. En Semo, I. (coord.) *La transición interrumpida, México 1968-1998*. México: Universidad Iberoamericana.
- Frazier, L. y Cohen, D. (2001). “Género, terreno y acción en el 68», en CD, *El 68, nuevos enfoques. Memoria del Seminario Nacional de Movimientos Estudiantiles Mexicanos en el siglo xix*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, pp. 105-111.
- Hernández Gamundi, F. (2014). *¡La generación del 68 y el México de hoy! Homenaje a Raúl Álvarez Garín*. México: Fundación para la Democracia–Alternativa y Debate, AC.

- Hernández Gamundi, F. (2018). Entrevista realizada por Gloria A. Tirado Villegas en Ciudad de México, 29 de enero de 2018.
- Jardón, R. (1998). *1968. El fuego de la esperanza*. México: siglo XXI Editores.
- Lamas, M. (2018). “Del 68 a hoy: la movilización política de las mujeres”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 63 (234), pp. 265-285.
- Martínez Nateras, A. (1988). *La flor del tiempo*. Puebla: UAP.
- Oikión Solano, V. (2018). “Resistencia y luchas femeniles. La Unión Nacional de Mujeres en el verano del 68: una historia desconocida”. En *Legajos. Boletín del Archivo General de la Nación*, 7 (septiembre-diciembre), pp. 55-84.
- Ortega Olivares, M. (2013). *Octubre dos. Historias del movimiento estudiantil*. Galván, F. (Editor). México: Editorial Sierpe.
- Pech, R. (2013). «El olvido de las mujeres asesinadas en el movimiento estudiantil de 1968 en México», *Vita Brevis*, 2 (3), pp. 125-144.
- Rodríguez Márquez, A. I. (2018). *Cartas de Libertad*. México: Ediciones Quinto Sol.
- Rojas Martínez, A. S. (2012). “Juventud rebelde en el contexto de 1968 a través de la visión de las revistas *Sucesos para todos e Impacto*”. En Castillo Troncoso, A. *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*. México: Instituto Mora, Colección Historia Social y Cultural, pp. 31-58.
- Sabatié, C. (2006). *Le mouvement 'etudiant au Mexique: l'emancipation féminine en marche*. Paris: Université de la Sorbonne nouvelle, Paris I.
- Tirado Villegas, G. A. (2004). *La otra historia. Voces de mujeres del 68*, Puebla. Puebla: BUAP-IPM.
- Tirado Villegas, G. A. (2012). “De añoranzas, testimonios y empoderamiento”. En: Castillo Troncoso, A., (coord.). *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*. México: Instituto Mora, pp. 147-170.
- Tirado Villegas, G. A. (2018). “Tras las huellas del 68. Desde un enfoque de género”. En Rivas Ontiveros, R. *Los años 60 en México: la década que quisimos tanto*. México: DGAPA-UNAM- Gernika, pp. 231-261.
- Tirado Villegas, G. A. (2018a). *María Fernanda Campa Uranga: Geología y revolución*, Puebla: ICSyH-Fomento Editorial BUAP.
- Vargas Valdés, J. (1998) “Historias de 1968. La batalla personal de La Tita”, (1 de octubre de 1998). En *Proceso*, recuperado de <http://www.proceso.com.mx/?p=202123>.
- Vargas Valdés, J. (2008). *La patria de la juventud. Los estudiantes del Politécnico en 1968*. México: Nueva Viscaya Editores.
- Vargas Valdés, J. (2017). *Consuelo Uranga. La roja*. Chihuahua: Nueva Viscaya Editores.